

Volumen de homenaje a Salomón Lerner Febres con motivo de la celebración de sus 70 años

# LA VERDAD NOS HACE LIBRES

Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad

EDITORES

Miguel Giusti

Gustavo Gutiérrez

Elizabeth Salmón

## Capítulo 45



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*La verdad nos hace libres. Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad*

Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón (editores)

© Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Gisella Scheuch, sobre la base de la escultura *Logos*, de Margarita Checa, fotografiada por Alicia Benavides

Diagramación, corrección de estilo y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2015

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-08108

ISBN: 978-612-317-114-8

Registro del Proyecto Editorial: 31501361500583

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## APOLOGÍA Y OCASO DE LA FORMACIÓN HUMANISTA EN LA EDUCACIÓN UNIVERSITARIA

Fidel Tubino, Pontificia Universidad Católica del Perú

*Proclamando el valor que deseamos realizar y la identidad  
que queremos conquistar o preservar, ganamos la necesaria ilación  
para nuestros actos mediatos e inmediatos y así, una vez más, gobernamos  
mejor nuestras vidas; hacemos de ellas experiencias sensatas, con sentido*

Salomón Lerner Febres

Revisando en detalle los escritos de Salomón Lerner Febres y conociendo de cerca sus preocupaciones y compromisos esenciales, creo que la reflexión sobre la universidad y su destino es esencial en su pensamiento y en su vida. Y dentro de esta reflexión, explicitar el sentido y la identidad de nuestra universidad ocupa un lugar fundamental. Por eso, he querido empezar este texto<sup>1</sup> con esta cita, porque creo que condensa con claridad y hondura la profunda interrogante que existe hoy en torno al rumbo que le estamos dando a nuestra universidad y «la identidad que queremos conquistar».

Creo que la identidad de una institución se define —al igual que la identidad de las personas— en el terreno de las identificaciones que la animan y los compromisos que asume. Perderlos nos deja a la deriva, sin rumbo, sin sentido. Nos coloca en el riesgo de convertirnos en aquello que no somos ni queremos ser.

Caminar a merced de los valores de moda es una manera de perder el rumbo. Para evitarlo, hay que abrir espacios de reflexión que nos permitan intentar explicitar el sentido de lo que somos y de lo que queremos ser. Esta reflexión, que es responsabilidad y tarea, «nos abre las puertas al pasado, [pues] el lenguaje nos permite también prever y enunciar el futuro, concebir y hacer inteligible una visión, dar forma definida y reconocible a nuestras aspiraciones y, en última instancia, proponer y proponernos una guía para nuestras acciones» (Lerner Febres, 2007b, p. 161).

---

<sup>1</sup> El presente artículo está basado en una conferencia inaugural de la Facultad de Estudios Generales Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) pronunciada por el autor.

«Saber quiénes somos [nos dice Charles Taylor] es como conocer dónde nos encontramos» (Taylor, 1996, p. 43). Por ello, preguntarnos por nuestra identidad es como intentar averiguar —mediante «un continuo debate esclarecedor» (Cisneros, 2011, p. 66)— nuestra ubicación en medio de la anomia moral en la que nos encontramos, en la que el respeto al otro es más una excepción que una regla. Significa también preguntarnos por lo que significa e implica ser una universidad enraizada en el país y, a partir de allí, abierta selectivamente al mundo.

Entre el año 2006 y el año 2011, las lecciones inaugurales de la Facultad de Estudios Generales Letras de la PUCP se convirtieron en uno de los espacios privilegiados de autorreflexión institucional. Por eso, pensé pertinente releer dichas lecciones y analizarlas con la finalidad de ir desentrañando —a partir del discurso de nuestros colegas y maestros— la manera como concebimos nuestros compromisos y nuestras identificaciones, es decir, nuestra identidad.

## 1. ¿QUÉ SOMOS?

En el año 2007, Estudios Generales Letras organizó un coloquio titulado La Universidad que Queremos y fue Luis Jaime Cisneros quien lo inauguró, haciéndonos una confesión personal que encierra un deseo compartido. Dijo Luis Jaime, en dicha ocasión, lo siguiente:

Inicio mi reflexión confesando que no quiero una institución en la que el estudio y la investigación no sean posibles, donde la exigencia y el rigor no constituyan armas indispensables para la conquista del conocimiento. Los noventa años vividos representan para la PUCP emblema suficiente e invitación auspiciosa para mostrarnos mejorados, y en triunfo, al llegar al centenario (Cisneros, 2007, p. 14).

Creo que todos compartimos, de una u otra manera, esta convicción: el estudio riguroso y la investigación son el corazón de la vida universitaria. Sin ellos, la universidad dejaría de ser lo que es, a saber: espacio de creación de conocimientos y de debate intelectual. La universidad no se reduce a ser una escuela de capacitación profesional. La universidad educa, es decir, forma ciudadanos y ciudadanas de mente amplia con sentido ético y responsabilidad social. «La conciencia ética y solidaria no debe quedarse en una retórica moralizante que se agota en su propio discurso y que no propone las mediaciones necesarias para hacer consistentes y realizables sus propuestas» (Lerner Febres, 2007b, p. 21). Es, en este sentido, un espacio de formación humanista. En este aspecto ha insistido mucho, y siempre, Salomón Lerner. Por ello, «la universidad no debe limitarse a preparar buenos profesionales», debe, además, proporcionar una formación «integradora, humanista e interdisciplinaria» (Lerner Febres, 2007b, p. 21).

El pluralismo, la tolerancia y la libertad de pensamiento son consustanciales a la universidad porque son consustanciales al diálogo y porque el debate respetuoso de ideas es la esencia de la vida universitaria y del ejercicio civilizado de la autoridad.

En la lección inaugural de la Universidad de 1999 —en la que estuvo presente por última vez, según recuerdo, toda la jerarquía eclesiástica— nuestro entonces rector, y actualmente rector emérito, Salomón Lerner, reafirmó lo que consideramos irrenunciable. Es decir, nuestra diferencia específica, nuestra esencia, lo que nos define como universidad.

Creo [dijo] en una comunidad que entiende que su autonomía es una propiedad intrínseca a su esencia, condición para dar cumplimiento a lo que ella aspira [...] una comunidad que reconoce la fe como impulso a la verdad, una fe que dialoga con la ciencia y la interroga.

Creo en una comunidad en la que estudiantes y profesores se reúnen libremente para ejercer la crítica abierta y fundamentada; pues solo de este modo hombres y mujeres pueden moldearse en su integridad (Lerner Febres, 2007b, p. 75).

Salomón Lerner nos habla de una universidad abierta a la diversidad, en la cual tienen un lugar el diálogo, la fe y las culturas. Una fe que impulsa, no que limita; que anima, no que inhibe. Una fe que es fuente de vida.

El ser católica no tiene, por eso, que restringirle a nuestra universidad autonomía ni voluntad de diálogo. Pues es propio de la universidad formar a las personas en el espacio del debate crítico. Lo católico le suma, no le resta. Le añade una tarea más: dar testimonio vivo y coherente de los valores cristianos hacia dentro y hacia fuera de la universidad, evitando los dobles discursos y vinculándose de manera sustancial y comprometida con el país.

La universidad [nos dice Luis Jaime] implica reflexión, curiosidad profunda y constante en el tiempo. Supone, sobre todo, tolerancia con las ideas ajenas, base imprescindible para que las propias sean recibidas con esperable atención y puedan suscitar el necesario debate. Porque somos una casa en continuo debate esclarecedor. Si no hay tolerancia, no hay investigación ni hay debate, no hay universidad (Cisneros, 2011, p. 66).

La práctica de la tolerancia es un rasgo esencial de la vida universitaria. Pensar en una universidad intolerante es un sinsentido. La tolerancia consiste en no colocar las creencias e ideas propias como condición de la conversación y la convivencia con el otro. Implica, más bien, en primer lugar, incluir al otro como interlocutor válido del debate público y, en segundo lugar, entender el debate como un espacio privilegiado de formación y de aprendizajes compartidos.

Desde sus orígenes la universidad, como su nombre mismo lo indica, se caracterizó por una vocación universal. Esto quiere decir que ninguna idea o creencia puede ser censurada de antemano y que el diálogo razonable es sustancial al deber ser que nos anima. Los sectarismos y fundamentalismos son, por ello, contradictorios con el espíritu que anima la vida universitaria. También quiere decir que es tarea y compromiso de la universidad el ofrecer a los estudiantes una comprensión amplia y no parcializada del mundo. Es en este sentido que Salomón Lerner señalaba, en la lección inaugural de Estudios Generales del año 2006, que la Universidad, fiel a su compromiso de formar personas, asume el reto de proporcionarles a sus estudiantes una formación integral, la cual implica que «la educación de nuestro intelecto, y la posibilidad de hacer contribuciones significativas a la vida práctica de nuestro país, dependen de una mirada integral y ordenada al conjunto del saber, de la curiosidad humana y, también, del establecimiento de un diálogo exigente entre conocimiento y ética» (Lerner Febres, 2011, p. 19).

Esta mirada amplia les permite a los estudiantes familiarizarse, desde el comienzo, con la complejidad de lo real y, al mismo tiempo, adquirir la posibilidad de experimentar luego los límites de su disciplina. Les permite ubicar el horizonte de comprensión de la especialización que eligen y así estar en condiciones de practicar un auténtico diálogo interdisciplinario. No se trata de que los estudiantes adquieran una suma de saberes parciales inconexos, sino de tornarlos capaces de abrirse a otros enfoques disciplinarios para complementar el suyo y acceder de esta manera a una visión más «integral» del mundo. En los Estudios Generales se sientan las bases de esta formación.

La formación integral es la formación humanista. Es el *aggiornamento* de la *paideia* griega; abarca en este sentido tanto la formación del intelecto como la formación de la afectividad, del cuerpo, de la sensibilidad y del sentido ético y ciudadano de la persona. Los Estudios Generales son necesarios, pero no suficientes, para proporcionar una formación humanista. «Las líneas maestras que ha de seguir la tarea del humanista [son]: interdisciplinariedad, espíritu reflexivo y crítico, meditación por la cual se conjuguen en un mismo *élan* el rigor de la ciencia y la profundidad de la filosofía» (Lerner Febres, 2000, p. 50). Por eso, la formación humanista ocupa un lugar medular en la educación superior universitaria. No sustituye la especialización rigurosa, es su fundamento y su complemento necesario.

«[Con] la especialización extrema se corre el riesgo de perder de vista el horizonte ético (del saber) que debe vivificar la actividad del Hombre, puesto que cada disciplina, al encargarse de regiones particulares de la realidad, va creando sus propios problemas y también su propio lenguaje, volviéndose así hermética y axiológicamente neutra» (Lerner Febres, 2011, pp. 24-25). En nuestra Universidad, no queremos

formar especialistas que saben mucho de muy poco y que evidencian una ausencia de criterio para opinar de manera inteligente sobre asuntos políticos, sociales o asuntos que no competen a su exclusiva especialidad.

El destino ético del saber es tan importante como el saber mismo. Por ello, nos esforzamos por ofrecer a nuestros estudiantes una formación ética y ciudadana —tanto curricular como extracurricular— que les permite adquirir actitudes y criterios morales. Con ellos podrán escoger luego el uso que harán de los saberes y habilidades aprendidas y, así, contribuir al desarrollo humano de nuestro país. Nos interesa formar no solo excelentes profesionales e investigadores, sino, además, personas éticas que sean sensibles y reflexivas.

La verdadera «formación» parte de la constatación de que los seres humanos, por ser pluridimensionales, necesitamos ser educados en los diversos aspectos que integran nuestras personalidades para florecer y realizarnos humanamente. Nuestro empeño no está dirigido solo a proporcionar a los estudiantes una educación de calidad en las especialidades que escogen, sino también una formación de excelencia que les permita convertirse en ciudadanas y ciudadanos críticos y responsables.

La convivencia ciudadana es propia de la condición humana. Educar para la ciudadanía es parte esencial de la formación universitaria. Por ello, la universidad fomenta al interior de ella la política estudiantil, pues esta es un espacio privilegiado de formación política, en el buen sentido de la palabra. La política es el arte de deliberar con los otros para generar acciones concertadas. Implica esencialmente aprender a hacer uso público de la razón. Y se aprende a usar públicamente la razón, usándola.

Es parte del *ethos* universitario ser un lugar de encuentro y discusión, de crítica y ejercicio de la autonomía, así como también de compromiso y respeto, de reconocimiento y tolerancia. Y todo ello es fundamental, puesto que la práctica de estas virtudes cívicas es el rasgo esencial que debe ser reproducido en la sociedad toda y, por lo mismo, constituye uno de los aportes principales que la Universidad puede ofrecer a la comunidad (Lerner Febres, 2007a, p. 25).

Colocarse en el lugar del otro es un requisito del diálogo. Implica un esfuerzo emocional animado por la empatía que supone despojarse de los prejuicios y estereotipos que nos separan. El sentimiento de humanidad, por el contrario, es una virtud moral, es la posibilidad de sentir al otro. Es el origen de la solidaridad. No es una disponibilidad natural: se adquiere y forma con el ejemplo. En este sentido —como sostiene Henry Pease—, «la tarea del docente es ante todo moral [porque] [...] la universidad es centro de formación y no solo de información sobre técnicas o autores» (Pease, 1990, p. 10).

## 2. ¿QUÉ QUEREMOS SER?

¿Queremos seguir avanzando desde el lugar en el que nos encontramos, desde el «valor que deseamos realizar y la identidad que queremos conquistar o preservar»? (Lerner Febres, 2007b, p. 161).

Para responder a esta pregunta, tenemos que ser plenamente conscientes de que la misión de la universidad está hoy en cuestión, pues nos encontramos en un momento crítico de subordinación del *ethos* académico al *ethos* del mercado. «Como resultado de ello, la tarea de las autoridades universitarias consistiría entonces en satisfacer eficientemente la demanda de nuestros “clientes” [...] Los rectores, decanos y jefes de departamento deberían convertirse en auténticos gerentes» (Lerner Febres, 2000, p. 23). Ha surgido, así, lo que Salomón Lerner denomina la «neouniversidad», al interior de la cual, «permanecen no cuestionados los conceptos de mercado, precio, servicio y cliente» (p. 24). En la «neouniversidad», la formación humanista se convierte —en el mejor de los casos— en un adorno.

¿Qué implica, en el plano de los hechos, y no solo de los discursos, el ser fieles a la vocación humanista que anima nuestra identidad desde los orígenes? ¿Y qué involucra —desde nuestra identidad labrada— enraizarnos en el país y abrirnos selectivamente al mundo?

La pregunta por nuestra vocación, es decir, por lo que queremos ser ha estado durante estos años en el centro de muchas discusiones. Más allá de las discrepancias, en lo que todos estamos de acuerdo es en que queremos seguir siendo «universidad». Y, ¿qué es ser universidad?

La universidad es [decía Luis Jaime Cisneros] casa de estudio e investigación [...], estudio significa [...] acogerse a la duda estimulante, debatir con quienes opinan como nosotros y con quienes discrepan [...], estudio significa constancia y energía en el esfuerzo creador (2007, p. 15).

Una universidad que no investiga no es universidad. Investigar, estudiar, implica involucrarse en lo estudiado, reflexionar sobre lo que uno estudia, cuestionar lo aprendido, plantearse la posibilidad de que la realidad no sea tal como la percibimos. Implica abrirse —como decía Bertrand Russell— a la duda liberadora, a aquella que

[...] es capaz de sugerirnos diversas posibilidades que amplían nuestros pensamientos y nos liberan de la tiranía de la costumbre. Y así, al disminuir nuestro sentimiento de certeza sobre lo que las cosas son, aumenta en alto grado nuestro conocimiento de lo que pueden ser; rechaza el dogmatismo algo arrogante de los que no se han introducido jamás en la región de la duda liberadora y guarda vivaz nuestro sentido de la admiración (1981, p. 132).

La investigación requiere libertad de pensamiento y respeto frente a las ideas que no compartimos. Pues sin libertad y respeto no se puede suscitar el diálogo de ideas que es la esencia de la vida universitaria y el espacio privilegiado de la investigación y el aprendizaje compartido.

### **3. AUTONOMÍA E IDENTIDAD CATÓLICA**

En las reflexiones de Salomón Lerner sobre la catolicidad de la universidad, lo católico nunca ha significado el establecimiento de límites a la búsqueda de la verdad. «Conciliar armónicamente la trascendencia de la fe y la autonomía de la ciencia es, en verdad, un reto grande y decisivo que nos compete muy de cerca a todos nosotros» (2007b, p. 18). La autonomía es irrenunciable, pues, para que la universidad pueda cumplir su misión propia, no puede estar sometida a dictados externos que fiscalizan el ejercicio de la libertad de pensamiento y detienen arbitrariamente la investigación. La ética de la investigación es inseparable de la búsqueda de la verdad.

Entendemos nuestra identidad católica como una posibilidad, no como un límite. En la lección inaugural de Estudios Generales Letras del año 2011, el profesor Henry Pease afirmaba que «en la PUCP respiramos un ambiente de libertad que es esencial para construir universidad y, a la vez, muestra un cristianismo ajeno a la intolerancia y, por eso mismo, capaz de dialogar con todos» (Pease, 2011, p. 132).

El ser católica no significa que seamos una institución que exige a sus miembros la confesión católica, «nuestra universidad no exige a nadie esta confesión y respeta todas las religiones y creencias» (Pease, 2011, p. 130). Nuestra universidad, por ser católica, no renuncia a su vocación de apertura y universalidad. El ser católica no la limita como universidad, le asigna una tarea más. En la denominación «universidad católica», universidad es el sustantivo, es lo sustantivo. El ser católica es un «plus», le añade algo.

¿Qué le añade? Le añade la tarea de promover al interior de ella el diálogo interreligioso y el diálogo entre las culturas. Le añade la exigencia moral de practicar la caridad y la justicia en el día a día de la vida universitaria. El carácter cristiano de una universidad se define por el ejercicio y testimonio de los valores cristianos en la convivencia cotidiana. Con ello me refiero a la praxis de la solidaridad, la caridad, la justicia. La sumisión no es un valor evangélico. El carácter cristiano de una universidad es un asunto moral, antes que legal: «en el mundo de hoy no hay recetas simples», nos dice el padre Jeffrey Klaiber. «No hay ningún factor externo que pueda hacer que una persona o una universidad sea cristiana. O se viven y practican los valores cristianos desde dentro y en la vida diaria o la universidad no es cristiana» (2012, p. 11). La vocación de servicio al país es, por ello, esencial a nuestra identidad.

Por esta razón hemos asumido e institucionalizado la responsabilidad social con nuestro país como un compromiso orgánico y sustancial de la universidad.

El Perú es un país complejo, un país fragmentado que no se resigna a serlo: «Somos un país [nos dice Gustavo Gutiérrez] que busca convertirse en una nación». Un país que aún no se encuentra como proyecto compartido. «Los peruanos somos personas muy distantes y también muy distintas. Los desencuentros históricos jalonan nuestra historia. En el Perú conviven desde hace siglos, sin encontrarse plenamente, pueblos distintos. La idea de algo no terminado, inacabado, proviene precisamente de esa no plenitud. Y aunque esa diversidad es sin duda, potencialmente, una riqueza, es también un gran reto» (Gutiérrez, 2011, p. 45).

La persistencia de las grandes desigualdades y de la rica diversidad cultural que nos constituye como país son dos señales importantes que nos indican la tarea que nos espera como universidad en un país en búsqueda de lo que Basadre denominaba la «promesa de la vida peruana». El Perú es, al mismo tiempo, problema y posibilidad, pues, como decía Gustavo Gutiérrez en la Lección Inaugural de Estudios Generales Letras del año 2007, «[p]ese a todas las promesas incumplidas de la vida nacional, las posibilidades de construir una sociedad justa, humana y libre están en nuestras manos» (2011, p. 45).

Esto quiere decir que nada nos determina a estar como estamos, que podemos hacer de nuestro país un lugar de encuentro. La universidad tiene en esto una gran tarea y una gran responsabilidad. «No basta por eso la calificación profesional; es preciso ponerla al servicio del país y, concretamente, de los más pobres y olvidados. Que la luz no se convierta en oscuridad» (Gutiérrez, 2011, p. 50).

Debemos hacer del conocimiento un instrumento que permita hacer de nuestro país un espacio de convivencia justa y solidaria entre los diferentes. Sin embargo, «la tarea de la universidad corre un riesgo muy grande: todos nosotros participamos de ella de una u otra manera» (Gutiérrez, 2011, p. 50). El riesgo al que se refería Gustavo Gutiérrez es el de ceder a las presiones de la lógica del mercado que tiende a hacer de la universidad una empresa en la que los profesores nos convertimos en proveedores de un servicio y los estudiantes en clientes que hay que satisfacer en sus expectativas y demandas. Este riesgo es más que un riesgo, es una realidad.

Es necesario reconocer [decía Luis Jaime Cisneros] que atravesamos una zona envuelta en tinieblas. Nos amenaza algo que, de no ser evitado y combatido a tiempo, puede quebrar la esencia del quehacer universitario. Me refiero al triunfalismo del perspectivismo mercantil, al bochornoso y triste espectáculo que aparece en los periódicos diariamente, sin muestra alguna de recato o de pudor, donde asistimos, entre sorprendidos y desconcertados, al empeño de muchas instituciones universitarias por ofrecer su tarea como si fuera mercadería (2007, p. 14).

La universidad, sin duda, posee una dimensión empresarial y tiene el deber de ofrecer a sus estudiantes los servicios que requieren para el estudio y la investigación. Pero si nos permitimos dejarnos gobernar por la lógica del *marketing*, dejamos de ser lo que queremos ser. La formación humanista, como fundamento y complemento necesario de la formación profesional, es lo que diferencia a una universidad de un instituto tecnológico. Esto no se reduce a un conjunto de cursos de Humanidades. Tiene que ver con la orientación ética que le otorgamos a los saberes que adquirimos y a las prácticas que desarrollamos dentro y fuera de la universidad. Esta es una tarea que involucra a científicos, intelectuales y artistas.

Nuestros compromisos esenciales nos señalan el rumbo que debemos seguir. Depende de nosotros hacerlo realidad.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Cisneros, Luis Jaime (2007). Conferencia inaugural. En VV.AA., *La Universidad que queremos*. Lima: Estudios Generales Letras de la PUCP.
- Cisneros, Luis Jaime (2011). Lección inaugural 2008. En VV.AA., *Lecciones inaugurales 2006-2011. Estudios Generales Letras*. Lima: Estudios Generales Letras de la PUCP.
- Gutiérrez, Gustavo (2011). Lección inaugural 2007. En VV.AA., *Lecciones inaugurales 2006-2011. Estudios Generales Letras*. Lima: Estudios Generales Letras de la PUCP.
- Klaiber, Jeffrey (2012). *La catolicidad de las universidades católicas*. Lima: PUCP.
- Lerner Febres, Salomón (2000). *Reflexiones en torno a la universidad*. Lima: PUCP.
- Lerner Febres, Salomón (2007a). Aspectos de la Internacionalización de la Universidad Peruana. En VV.AA., *La Universidad que queremos*. Lima: Estudios Generales Letras de la PUCP.
- Lerner Febres, Salomón (2007b). *Universidad, fe y razón*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Lerner Febres, Salomón (2011). Lección inaugural del año 2006. En VV.AA., *Lecciones inaugurales 2006-2011. Estudios Generales Letras*. Lima: Estudios Generales Letras de la PUCP.
- Pease, Henry (1990). *A la comunidad universitaria*. Lima: Comisión Nacional del Plan de Gobierno de Izquierda Unida.
- Pease, Henry (2011). Lección inaugural del año 2011. En VV.AA., *Lecciones inaugurales 2006-2011. Estudios Generales Letras*. Lima: Estudios Generales Letras de la PUCP.
- Russell, Bertrand (1981). *El valor de la filosofía*. Barcelona: Labor.
- Taylor, Charles (1996). *Fuentes del yo*. Buenos Aires: Paidós.